

te palabras dichas en veinte ocasiones distintas, si cada una por sí no importa, combinadas y comentadas por cuatro amigos, revelan secretos de nuestra alma que nosotros creíamos inexcusables; la sospecha del uno se convierte en certeza al encontrarse con la conjetura del otro, y que las sospechas y las conjeturas de unos y de otros se buscan continuamente que como no pasa día sin que murmuramos de álguien, discurriendo con holgura y á nuestro gusto, analizando los hechos con todo cuidado y bajo todos aspectos, así no pasa día sin que alguna pareja de amigos haga el mismo estudio sobre nosotros y descubra algo de nuevo que corre luego de boca en boca sirviendo de asunto á otros para profundizar más su análisis.

Este trabajo hecho todos los días por un par de amigos, de vez en cuando sirve de tema á diez que se juntan y entre los cuales se despierta el afán de sobresalir por la sutileza y por la expresión cáustica: siempre que de este modo se habla de uno, todo el material de la murmuración que ha ido reuniéndose en muchos años, se revisa y se utiliza.

Si pudiésemos oír todo lo que dicen de nosotros nuestros amigos, bien en voz alta, bien en secreto, quedaríamos confundidos; hallaríamos defectos que nunca hemos creído tener, injusticias de que no

hemos tenido conciencia; haríamos memoria de un sin fin de despropósitos y tonterías y bribonadas que saliesen de nuestros lábios muchos años atrás sin que volviésemos á pasar por nuestra imaginación, oiremos horrores, supersticiones malvadas, casos del código penal, dichas á porfía, como bagatelas y para dar sabor á la conversación: confidencias que hemos hecho con grandes recomendaciones de guardar el secreto: dar á ciertas acciones ó palabras inocentísimas, locas y aviesa interpretación; ridiculizar á espaldas nuestras los amigos á quien tratamos francamente con tímido respeto de inferioridad y otros rabiosos criticándonos por cosas que el día antes merecieron las más vivas congratulaciones con voz que parecía brotar del corazón; un destrozo de nuestros hechos que excedería en mucho los cálculos más negros.

Se helarían nuestras palabras en la boca, si cada vez que hablando á un amigo sentados á la mesa del comedor, que es como el púlpito de la murmuración cotidiana y tranquila de la familia llegase á nuestro oído, la mitad tan sólo de lo que se dice seguramente de nosotros, en aquel mismo momento, en cualquiera otra mesa semejante á la nuestra y con idéntica beatitud á la que traspira de nuestros ojos y de nuestra voz.

\*  
\* \*

Hay, sin embargo, una gran diferencia entre unos y otros, no tanto en merecer cuanto en atraer la maledicencia.

Los hay, por ejemplo que se sustraen á ella en virtud de sus mismos defectos, que son de aquellos defectos útiles, casi necesarios al comercio de la vida y por los cuales, más que por las virtudes es respetada y acariciada mucha gente, mientras que otros pobres diablos llenos de buenas cualidades son fustigados sin misericordia por algun pequeño defecto saliente y agudo que todos ven y que á todos hiera.

Hay algunos de los cuales no se dice nada malo porque no tienen nada ni de desagradable ni de envidiable; el que intenta morderles pronto se cansa, maravillado de no encontrar nada que sepa á algo; la maledicencia le olfatea y sigue adelante como hacen los perros con las piedras.

Gozan los bonachones de una especie de inmuni-

dad á quienes se puede decir todo en su cara, porque maltratándoles á escondidas, no se siente el gusto del fruto prohibido.

Se economiza tambien la murmuracion hasta un cierto punto en aquellos que tienen la condicion de ser en todo y á todos notablemente antipáticos, porque hasta da fastidio el hablar mal de ellos y no se saca sustancia en derribar las puertas abiertas de par en par.

En mejor situacion se hallan los bribones reconocidos; quedan á un lado porque no se les puede herir sino con grandes golpes y no se experimenta verdadero placer más que en la murmuracion que consiente el trabajo delicado y tranquilo de la pequeña tijera. Lo pasan bien y sin dificultad los que tienen la franqueza ó la astucia de propalar todos sus secretos, de confesar todos sus defectos y de dirigirse vituperios á sí mismo, mostrando así la mayor indiferencia por la estima ó por el desprecio de los demás; de suerte que los amigos no hallan donde morderles sin que se encuentren con las señales de los propios dientes, olvidándoles por esto como olvida el crítico ciertos libros, cuyos autores se consideran unos bestias en el prefacio.

Poco se maltrata ordinariamente á los que no di-

cen nunca mal de nadie, porque no se conocen lo bastante, sirviendo como nada para esconder el interior de uno, el abstenerse de la murmuración en la cual se revelan los defectos de uno, como se manifiestan ciertos defectos físicos al tirar á la esgrima.

De algunos otros no se habla más en el círculo de amigos en que viven, porque no ocupan todavía bastante lugar; son demasiado jóvenes y demasiado oscuros; es preciso que crezcan; serán elevados al honor más tarde, cuando hayan logrado los años de la juventud social.

Los que peor se encuentran son los que á muchas buenas cualidades que les hacen estimables reúnen grandes defectos sobre los cuales hay mucho que contar, porque sobre estas desigualdades se agarra divinamente la maledicencia, y el sujeto presenta muchas caras, y da motivo á discutir, á estudiar, decir y desdecir, provocando rabiosas y elocuentes discusiones: estos son el blanco cotidiano de la maledicencia de todos, afanándonos por darles golpes precisamente porque la estimación que nos imponen, hace que á cada momento se alce ante nuestros ojos.

Entre estos hay algunos muy raros de los cuales no se dice nada malo; porque no sabemos por qué

no sabemos por qué lado atacarlos, son tan buenos, lógicos, justos y respetables que no hay manera: la conversación frecuentemente gira en torno suyo, les roza, tocándoles, pero nadie se atreve á meterles la uña.

No se renuncia por esto, sin embargo, á decir de ellos alguna cosa; á tanto llega el despecho por no poder decir nada. Se dice:—Fulano no me agrada—sin más. O se añade como excusa:—No sé por qué. Es una antipatía misteriosa. Nadie nos puede matar por semejante cosa.



Hay una maledicencia de la cual nadie se escapa: la que se fija sin traspasar nunca el exterior de la persona en la imitación de la cara y de los gestos, la simulación de la voz y de la pronunciación, el ridiculizar ciertas costumbres físicas y ciertos vicios de lenguaje; maledicencia, ó por mejor decir, crítica horrible que nos llega más á lo vivo que la otra porque nos expone al ridículo más terrible: la desestima y porque no perjudicando el carácter de la persona tiene todo el agrado sin la odiosidad de la maledicencia ordinaria, todos la aplauden y hacen eco sin escrúpulos.

Y no hay que hacerse ilusiones, á todos nos toca un poco, áun á los que no tienen nada de ridículo, puesto que la imitación exacta de una actitud ó de la manera de hablar tiene una fuerza cómica por sí misma que despierta la risa.

Todos tenemos, sin embargo, algo que se presta á la broma y que no es imposible advertir, como no

es imposible sorprender en el espejo el movimiento de nuestra mirada: observamos en nosotros mismos pequeñísimos defectos, ó dejamos escapar algunos gordos y más ridículos, que el amor propio no consiente ni aun sospechar de lejos, precisamente porque son grandes; y moriremos sin conocerlos, porque el temor de ofendernos detendría siempre á los amigos de decirlos; nuestra sorpresa será grande al no haberlos advertido, el día que nos los echasen en cara.

Esta maledicencia especial tiene sus artistas, buscados y agasajados por todos, y tanto más temibles cuanto que cada uno tiene luego sus imitadores, pequeño grupo de discípulos que se perfeccionan en su escuela; existiendo en todos la manía de imitar la imitación, más que de imitar la naturaleza.

Cada cual tiene una habilidad particular: el uno imita los mohines y la risa, como si en diez años no se hubiera ejercitado en otra cosa: otro reproduce vuestra manera de razonar, metiendo en su discurso la sustancia de nuestras opiniones y todos los uzares comunes y estribillos de nuestra conversacion, que ha ido tomando uno á uno en años enteros de observacion, combinándolos, como si fuera un mosaico, con arte ingenioso: otro que tal, es insuperable en la imitación de uno solo de nuestros gestos que los ami-

gos le hacen repetir continuamente, teniendo que oprimirse para no estallar de risa, el gesto con el cual de cuando en cuando, volvemos y revolvemos la mano extendida, mirándola con complacencia.

¡Quién sabe cuántas veces mientras creemos que un amigo nos oye con toda su atención, vanagloriándonos por ello, el tunante está estudiando una inflexión de voz peculiar nuestra, que aun le falta, para hacernos la caricatura perfecta en el círculo de amigos, en el cual somos el asunto preferido; cuántas veces valiéndose de mil artificios no somos arrastrados á una conversacion que sirve de diversion á la compañía, que se empeña en hacernos caer en ciertas repeticiones ridículas, en las cuales caemos regularmente, sin apercibirnos, siempre que se suscita aquella conversacion; cuántas veces mientras estamos solos en nuestra habitacion, absortos en una lectura que nos exalta, ó sobrecogidos por heróicas imaginations que nos hacen tomar actitudes de estatua antigua, hay un salon en el extremo opuesto de la ciudad, ó una sala de fonda, en la cual resuena un concierto de carcajadas homéricas y de estrepitosos aplausos, verdadera bacanal carnavalesca, provoca da en una compañía de gente alegre, por un amigo nuestro, dulce y tranquilo, que como un mono imita nuestra mímica.

\*  
\* \*

Es raro que los amigos se detengan en la pura broma porque de esta se resbala, por muchos caminos, sin notarlo, en la verdadera maledicencia: frecuentemente más bien no es la burla sino una manera de prepararse el terreno para hablar mal de un amigo sobre el cual no se aventura uno á estender la garra repentina y brutalmente.

En la maledicencia procedemos todos segun ciertas reglas dictadas por nuestro interés. Somos indulgentes, la mayor parte por los defectos aún los más graves que no nos atañen; no tenemos piedad contra el orgullo porque nos hiere la vanidad; para la ambicion porque nos corta el camino; para la avaricia porque nos defrauda; para la tontería porque nos irrita, pero jamás decimos nada malo del amigo que nos abruma con atenciones y en su casa es un tiranuelo villano y odioso para con sus inferiores. Somos feroces contra todo lo que remueve la envidia.

El amigo que trabaja con infatigable ardor y con

éxito, se preocupa mucho de los cuartos, se embrutece en el trabajo, prostituye su profesion, no sabe vivir en el mundo, se hace egoísta, se ríe de los amigos, no es capaz de sentimientos nobles, y llegará á morirse físico sobre sus riquezas, sin que le llore ni un perro. El que posee el amor de una mujer y parece feliz con su amor, no se comprende cómo haya podido inspirarlo, es ridículo y debe ser burlado; es burlado, olvida sus negocios, ostenta su pasión como si fuera un colegial, no tiene dignidad, se ha hecho insoportable, de día en día se nota su mayor estupidez y ya no se tiene en pié.

El que parte para un largo viaje de placer, derrocha el dinero, debía haber elegido otro país, va á estallar de aburrimiento en el camino, se volverá sin haber visto nada, y se dará aires ridículos de gran viajero.

A tanto obliga la necesidad de hablar mal, que cuando nada se ocurre que criticar en una persona, se repite una misma cosa hasta el infinito, haciendo sobre ella interminables variaciones, como hacen los violinistas sobre un motivo de música, sin aburrirse jamás; trescientas sesenta y cinco veces se cuenta, en ciertas tertulias nocturnas, que Fulano de Talcomete errores de ortografía y que tiene una deuda de trescientas pesetas con su peluquero.

Inesperadamente llegan ayudas: se ha dicho de un amigo todo lo posible, comenzando ya á saciarse, y se presenta en la familia un amigo nuevo que conoció al mártir en otros tiempos y en otro estado, y que lleva un buen refresco de noticias y documentos nuevos, sirve de alimento y hace reverdecer la maledicencia durante otro período de tiempo.

Todos se ingenian para alguna cosa; los unos, para poder hablar mal de su amigo, interrogan sobre puntos técnicos á sus compañeros de profesion; otros acuden al abogado para saber su conducta en asuntos de intereses; á las antiguas amantes, sobre sus amores; á sus amigos extranjeros, acerca de cómo habla su lengua. No hay necesidad de investigar siquiera: la materia circula y basta aferarla al pasar.

Se sabe todo y se saca partido de todo; sábese que pidió prestado para poder tener palco en el teatro; se dice que al final de la comida se da una cabezada con los labios colgantes como un búfalo; que trata con dureza á las personas del servicio; que no ha perdido ni una noche siquiera por la última enfermedad de su mujer; que ha dejado en manos de su hija una novela muy mala, y por olfatear, olfatea la maledicencia en todos los rincones más escondidos de nuestra casa, persi-

guiéndonos hasta sobre la almohada de nuestra cama. Cuando nada se sabe, se inventa: á cada paso ocurre que dos amigos hablen mal de un tercero, inventándolo todo, desde los cimientos, apercibiéndose ambos de ello sin dejar por esto de experimentar menor placer.

\*  
\* \*

Los más escrutados de todos en el círculo de los amigos propios, son los "distinguidísimos."

Su celebridad, grande ó pequeña, es como la grama de que todos juntos se sirven para infligirles el famoso suplicio del manteamiento, que sufrió Sancho Panza.

A cada cual le parece que se puede decir mal de ellos sin escrúpulos, porque hay tanta gente que hable bien que siempre saldrán gananciosos; además, su condicion privilegiada es una provocacion irritante para la maledicencia, aun para los mismos que los quieren. Sus amigos más íntimos, hablan mal para demostrar que no son aduladores serviles. Otros, con gentes que no les conocen, hablan mal por vanidad, para hacer ver que tienen con ellos una gran confianza y que conocen sus defectos más íntimos; si tienen necesidad, ellos mismos inventan los defectos.

—¿Conoceis á Fulano de Tal?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIV. DE N. L.  
"ALFONSO HERRERA"  
Año. 1625. MONTEREY, MEXICO

—¿Cómo no? Un puerco que es capaz de estarse un mes sin pasarse un peine por la cabeza.

Lo único que no dicen de ellos los amigos íntimos es que son soberbios, porque la acusación heriría de rechazo el orgullo propio: en lugar de esto se les pinta siempre como pobres diablos, manejables como trapos de limpiar.

Si hay algo que pueda presentarlos en ridículo, empequeñecerlos en alguna manera en el concepto de los ingenuos que les admiran de lejos, se recoge, se engruesa y se le hace girar con celo apostólico. Con que el amigo no tenga horror al Chianti, todos cuentan haberle levantado diez veces de debajo de la mesa, hasta llevarlo en brazos á tomar un coche.

Si no arroja el dinero á manos llenas, es un tacaño.

Si es un pozo de ciencia y se le escapa por casualidad un despropósito, es una diversion para todos: cien pinzas cogen al vuelo el despropósito, y lo colocan con toda delicadeza bajo un fanal de cristal, donde años enteros permanece expuesto á las miradas de medio mundo, metiendo un ruido de comerciantes en feria. Las más pequeñas lagunas de su doctrina, los lados débiles de su ingenio son rebuscados con inextinguible paciencia, y una

vez descubiertos, sirven de entretenimiento á los más idiotas. Cuando dá un gran fiasco, la maledicencia se hace piadosa.

—¿Cómo va? —¿Quién le ha visto? —¿Está muy cambiado?

—¡Oh! Está descorazonado; ya no se levantará; es un hombre muerto.—Y todos encuentran una razón para justificar la salida.

Cuando alcanza un triunfo sucede una breve tregua, todos callan para no hacerse sospechosos de envidia, despues, poco á poco, animándose unos á otros, vuelven á hablar mal con mayor denuedo para hacerle más llevadera su buena fortuna.

Quitado de su arte ó de su ciencia, es siempre un hombre nulo.

Si es un poeta, no distingue un ángulo agudo de un ángulo obtuso; si es un matemático confunde á los godos con los sarracenos.

Lo que hace de bueno, ó le viene naturalmente, como al pájaro el canto y lo hace casi á pesar suyo, de modo que no tiene ningun mérito; ó le cuesta una fatiga tan bestial, que se puede decir que lo debe todo al trabajo y nada al ingenio.

Sus amigos esparcen á su cargo tan extraños dichos, que el pobre hombre, llegando entre gente nueva, se encuentra á menudo ante mil prevenciones



desfavorables que no consigue explicarse, y juzgado de una manera torcida, cargado á veces por defectos lejanísimos de su naturaleza no consigue hasta despues de mucho tiempo hacerse reconocer bajo la máscara grotesca que le han puesto encima los amigos.

\*  
\* \*

Los "clarísimos" ejercen contra ellos una maledicencia particular, amenísima; en especial los literatos y los artistas, entre los cuales son más vivos los celos.

Es una maledicencia llena de esquisitas delicadezas.

Algunos, para no hablar mal de aquellos, respecto á los cuales su maledicencia sería demasiado sospechosa, los alaban siempre, pero con una alabanza engañosa, que calla aquello que hay de mejor en ellos, y se baja, en cierto modo, para acariciarlos y así les hace parecer pigmeos.

Otros ensordecen con un elogio caluroso y sin restricciones de su colega, para alejar toda sospecha de celos, y despues puesta la espalda al seguro, descende á los particulares y hablando pausadamente, á fuerza de pequeñas observaciones discretas, anulan una á una, con delicadeza y por órden, todas las alabanzas que han prodigado al principio.

Ciertos otros, aun más mentirosos cuando la conversacion recae sobre sus rivales más temidos, cierran la boca, pero con ostentacion, para hacer ver que callan porque quieren, que no intentan decir nada por no hablar mal y así dejan comprender que podrían decir herejías y hacen un mérito de aquel silencio, más venenoso todavía que la maledicencia.

Pero lo más gracioso es cuando uno de ellos, encontrándose en medio de estraños que despedazan á un compañero, toma valerosamente la defensa; el muy zorro goza con toda su alma de que pelen al otro y hace al mismo tiempo el honroso papel de defensor de su rival; pero es preciso ver con qué profundo respeto escucha los razonamientos de los adversarios, con qué dulzura los combate y qué listo anda para atenuar el valor de los propios argumentos defensivos apenas se apercibe de que empiezan á persuadir.

Algunas veces, tambien los más prudentes se desmascaran; entonan las alabanzas del colega en coro con los demás, para mostrarse justos y generosos; está bien, pero ¡canastos! abusan: no acaban nunca de cantar, y entonces pierden de repente la paciencia, la prudencia y el pudor y se echan encima del ensalzado con una rabia felina en que se desar-

rollan todos los instintos sanguinarios de su envidia.

Cuando se encuentran muchos juntos, están circunspectos; saben que cada cual conoce los celos, la envidia y la táctica de la maledicencia de todos los demás; es demasiado difícil hacer la cosa con disimulo.

Entonces hablan mal de los rivales ausentes, así como quien no quiere, inspeccionándose respectivamente; á menudo alaban á alguno, todos á una para hacer nacer el despecho unos en otros, y no hay cosa más cómica que el contraste que hacen, con aquella aparente armonía de opiniones, las miradas que se cambian.

Otras veces—aunque raras,—se encuentran de acuerdo todos en hacer aquel servicio á uno solo, y entonces el destrozado se encuentra como cojido entre las ruedas dentadas de una máquina en movimiento, de la cual no salen más que pedazos de huesos y trozos de carne.

Pero el trabajo regular y duradero de destruccion recíproca, los artistas no lo hacen más que con los amigos estraños á su arte; y lo hacen por lo general pausadamente cuando pueden hablar con toda comodidad, con largas disertaciones, subiendo á los altos principios del arte, con aire de pensadores.

imparciales y serenos; entonces no hacen cuestion de personas, demuestran que tal y tal otro no valen una punta de cigarro, con largos razonamientos empedrados de palabras técnicas y de axiomas que truncan las objeciones en la boca del profano.

El discurso termina casi siempre con una exclamacion acompañada de un suspiro sobre las dificultades tremendas del arte que debería hacer al mundo indulgente.

\*  
\* \*

¡Pero cómo cambia de forma y de naturaleza la maledicencia, segun el lugar en que nos encontramos, la hora, la manera de estar y otras cien cosas!

Con los amigos que encontramos de día por la calle, entre el vaiven de la muchedumbre, ajustamos á los ausentes en rápidos toques, hacemos ejecuciones sumarias con la brutalidad de gente ocupada que no tiene tiempo de profundizar los argumentos ni escoger las palabras.

En los paseos tranquilos por el campo, vienen bien las largas biografías, los pacientes análisis psicológicos, interrumpidos de vez en cuando para volver una mirada serena por el horizonte, visto el cual y la paz del hogar y el buen humor que resulta del ejercicio corporal, disponen el ánimo á una maledicencia templada, á veces vasta y profunda.

La peor maledicencia es aquella que se ejercita en

los salones, porque allí el amor propio está más excitado, y la presencia de señoras impone una moderación de lenguaje que irrita al maldiciente y le hace verter tanto mayor veneno cuando menor violencia puede introducir en las palabras.

En el café por lo regular, entre amigos, la falta de toda traba nos hace inclinarse á una maledicencia mezquina, de la cual se sale casi siempre con asco.

En el teatro, la excitación de los nervios y la alegría, hacen prevalecer la maledicencia epigramática.

Se experimenta un gusto particular en hablar mal del amigo presente y lejano, porque su presencia es un estímulo, y gracias á su alejamiento se está libre; y el gusto es doble, cuando el amigo nos mira desde un palco, sonriendo, presa de vaga sospecha que arroja una sombra á su sonrisa.

En la mayor parte de los casos, no es tan malo caer entre los dientes de los amigos sentados: la maledicencia que tiene todas sus comodidades, es incomparablemente más feroz que la otra,

También influye mucho el estado del estómago. Se es tremendo en los días de digestión difícil; se habla, por el contrario, con cierta gravedad amorosa de preceptor, durante la somnolencia de una quiliñación suave.

Los amigos atormentados por los callos, son severísimos, os cargan un epíteto injurioso en cada palabra; algunos os echan la cruz á cuestras, regularmente, todos los días de viento; otros indulgentes todo el día, son despiadados por la mañana apenas levantados y no se encuentran bien del estómago hasta que han devorado cualquier pedazo de la reputación de un amigo.

Pero la verdadera maledicencia, la maledicencia universal y desahogada no tiene lugar hasta la noche cuando todos tienen necesidad de compensarse de las fatigas y vengarse de las contrariedades del día; entonces una mitad del género humano habla mal de la otra mitad.

Si en una ciudad grande, dando un vuelo con la rapidez del águila, pudiese uno acercarse á todos los círculos, poner la oreja en todas las puertas, coger cualquier palabra de todos los que pasean, distinguir voz por voz todo el inmenso murmullo de aquel inmenso hormiguero, nos encontraríamos que tres partes de los discursos pertenecen á la maledicencia y las tres cuartas partes de aquella maledicencia va de amigos contra amigos.

Es fácil reconocer durante las tardes, por la calle, los que se encuentran ocupados en aquel dulce ejercicio; cuando se ven á dos personas de cierta edad,

paseando y hablando vivamente, gesticulando con el índice estendido, haciéndose, los dos signos de aprobacion, acercándose bajando la voz y mirando circunspectos á su alrededor y prorumpir en sabrosas risotadas, bien puede apostarse ciento contra uno que están desollando á un amigo.

En ninguna parte, como en una comida de amigos, hay manera de estudiar el lado cómico de la maledicencia. ¡Cuán fácil es de seguir la progresion!

En un principio, la conversacion está dividida en muchos asuntos; no se siente hasta la mitad de la comida la necesidad de cortar trajes á cualquier amigo ausente, todos á una.

Las lenguas se sueltan; los espíritus están excitados: basta arrojar un nombre en medio de la mesa, para que todos estén de acuerdo para romper el fuego.

A los primeros disparos hay un poco de reserva: la maledicencia se mantiene en un terreno decente; pellizca, pincha, abofetea, pelotea al amigo con cierto miramiento para no destrozarlo tan pronto. Pero á cada sorbo de vino se arroja un poco de miramiento. El amigo que poco ántes "no era un águila" ahora empieza á presentar de lejos los contornos de un gorrión. Una broma algo impertinente de un comensal, es acogida con un murmullo de desapro-

bacion medio seria, medio bufá; pero la segunda broma, aun más acerada que viene en seguida, no levanta más que una general risotada.

Se llega á los datos biográficos: todos tienen la memoria lucidísima y en la boca, sin buscarlo, mil ridículas particularidades que hacía tiempo no recordaban. La maledicencia se intrinca; levanta la voz y dice bufonerías; cada cual procura llamar á sí, por un momento la atencion general: el asno va tomando cada vez contornos más limpios; cada cual, despues de vaciado un vaso, procura ver sobre el asno una figura de bribon; entónces los maldicientes se dividen en dos grupos: los que tienen el vino bueno se mantienen en las bromas, ensanchándolas poco á poco; los que tienen mal vino pasan á la maledicencia sangrienta y las injurias se cruzan con las burlas.

Al destapar las botellas de nuevo vino, cesan las tentativas de oposicion de los más moderados; befas, revelaciones poco delicadas, iavenciones, medias calumnias, cosas de que todos se avergonzarían en ayunas; la víctima es peloteada de un lado á otro de la mesa, como fardo de pingajos y sirve de objeto de las risas de todos.

Las fantasías son tan fecundas, que el argumento resulta inagotable. Si hay uno que proponga cambiar no es escuchado. Se forman aquí y allá parejas de